

# DISCURSO

PRONUNCIADO

EL 5 DE MAYO DE 1879,

POR EL

C. Guillermo Prieto.

---

PUEBLA.

—  
IMPRESA DEL HOSPICIO  
1879.



---

SEÑORES:

¿Qué significacion puede tener en mí esta solicitud de la palabra, este arcaísmo atrevido de una personalidad casi olvidada, en el gran festín del patriotismo, en el luminoso apoteosis de la gloria? ¿Que subplantación es esta, de la juventud llamada á entonar un cántico triunfal y entusiasta, á las nupcias divinas de la justicia y el destino, de la honra pura de mi patria y el sacrosanto derecho de los pueblos?

¿No escuchamos á cada instante y como en voz baja, algo que se parece á la retractación del heroísmo? ¿No creemos percibir de repente, entre los lábios de los cínicos, un murmullo sordo que se semeja á la palinodia de la dignidad humana? ¿No en medio de la orgía de las aspiraciones bastardas, rivalizando el anacronismo del impudor, se quiere por algunos, que se apellide conveniencia social á la defección, y elemento de vida la ignominiosa apostasía del decoro?

En este caos de perversiones desencadenadas, la aparición del viejo testigo de los días de prueba, es como una resurrección solemne de los tiempos pasados, es como la entrevista y la posteridad, en el vergel primumvernal de las ilusiones y de las esperanzas.

A mí se me representa ese pasado como un bosque espeso y sombrío, con árboles gigantescos y sus ramales inclinados hácia á la tierra cargados de heno; en el centro de ese bosque hay una ruina de templo suntuosísimo con sus columnas despedazadas entre la yerba, las curvas de sus arcos en alto, como procurando

asir el vacío, sus altares destruidos, muchas de sus estatuas decapitadas; pero de pié, y alto, hermoso intacto el tabernáculo, como esperando el himno, como pidiendo el ara la ovacion; y en esas ruinas y detras de esas ramas y en los cambiantes intersticios de esas hojas, pálida y melancólica, derrama la luna viajera de otros mundos, sus rayos, como consagrando con ternura religiosa, la magestad de los recuerdos.

Sobre la cabeza del sacerdote humilde de esas ruinas y de ese tabernáculo erguido, blanquean los fulgores de la eterna noche, y su corazon no debe contener ni la recrudescencia de los rencores, ni la contemporizacion con las indignidades, ni los sacrilegios de la venganza, ni las villanías de la adulacion: debe ser su corazon la urna santa de la confraternidad, y de sus lábios debe desprenderse como blanco incienso, el himno melodioso de la esperanza en el bien, el Hossana y el cántico ferviente á la sublime exaltacion del derecho y al triunfo de la Independencia de la patria. Así concibe mi espíritu la pompa augusta del aniversario del 5 de Mayo de 1862.

El gran complot de la monarquía y de la intervencion extranjera en México, existia como larva venenosa en los antros tenebrosos de la historia, entre los fragmentos calcinados de la colonia, entre los odios á la libertad, entre los rencores contra la Independencia, entre los desechos inflamables del fanatismo, que como que se incendian y fermentan en los terrenos primitivos del pasado, produciendo convulsiones en la tierra y trayendo á su superficie, los gemidos procaeces del abismo.

La queja de lo inmaturo de la independendencia, la denuncia de una eterna infamia de degradacion y de barbarie, las calumnias á la democracia y la república, el concubinato sacrílego del sable del tirano y de la Cruz de Jesucristo, recuerdo repugnante de la manecibia del altar y del trono, nacieron de ahí, y de su conjunto se desprendian las revueltas sangrientas y las luchas fraticidas.

Favorecian este mal estar, los elementos que dejaba en pié la colonia, y constituian un modo de ser funesto y mortal para los pueblos.

El suelo hecho girones y repartido como botin de guerra; el trabajo convertido en la ergastula del esclavo y en fuente de riqueza del encomendero, despues propietario; la religion al servicio de los intereses mundanos, y las clases privilegiadas en medio de la tranquilidad y la opulencia, viendo indiferentes azotarse contra los muros de sus palacios, las olas negras de la barbarie, de la prostitucion, y la miseria. Así fué México, y así seguirá siendo mientras no fraternicen de una manera honrada y sincera, las instituciones políticas y los elementos de la vida social.

De aquel caos de contradicciones sociales y políticas, nació la idea de la monarquía y la apelacion á las bayonetas extranjeras. Un tránsfuga de la libertad habia encontrado la fórmula; parecia haberla incluido entre sus regalos de boda al enlazarse con la nobleza.

Gutierrez Estrada lanzó al mundo su pensamiento de monarquía, como una evocacion al pasado, como un gemido de arrepentimiento de sus creencias, como el alarido del liberal contrito, que queria salvarse del infierno de la democracia.

Escuchóse con delicia de los antiguos opresores aquel acento, y se agitaron las osamentas del pasado, como si hubiera corrido sobre ellas un soplo de resurreccion divina.

La idea al principio efímera, y errante como luz fatua nacida de la putrefaccion de los sepuleros; sin otra importancia que la que le comunicó una persecucion insensata, era apenas señalada por algunos ilusos como un lucero de esperanza en los tenebrosos horizontes del futuro.

En medio de nuestras contiendas se verifica el asalto americano, y cuando la patria ébria de tormento y sangrando mutilada, caia trastrabillando en las gradas rotas y desarticuladas de la república, entónces los mismos que esquivaban los combates, los que ponian en seguro sus arcos ó pedian de rodillas que las prohibiera un pabellon extraño, renegando de su patria y de su nombre, los que vieron impasibles en México convertir los paramentos sagrados en disfraces carnavalescos, y las aras de su Dios en pesebres de los corceles de los invasores, exhumaron la idea de la monar-

quía, como presentando una tentación al despecho, por la desesperación en el porvenir del reinado del pueblo.

La que brotó como idea quimérica, la que tomó creces como tema de vanidad literaria en los días de Paredes, fué bajo la dictadura ominosa de 1854, la contraseña que convocaba en las tinieblas, á los descontentos fué la consigna de los amigos de su alteza, el vínculo comun de los rencores contra la libertad.

Santa-Ana habia sido conducido al poder en hombreros del privilegio, del fanatismo y del ajio: el pensamiento de la monarquía tomó las proporciones de un plan político de dimensiones colosales; planteose en Europa formalmente la agencia del atentado, y á Nación por Nación se llamó á la subasta, en que debía adjudicarse nuestra nacionalidad.

Inglaterra fria y precavida sin alzar los ojos de su libro de-Caja, opinaba por la protección á sus súbditos en México, y garantizar el pago de sus créditos, sin perder de vista sus cálculos de banquero. España pagando un tributo á sus reminiscencias de dominación y á los tratados de Córdoba, que atravesaron como una ilusión en la agonía de la Colonia, designaba para el trono de México á un vástago de la casa de Borbon, y Francia, del gran vivac del primer imperio, alistaba á un hijo de esa genealogía del sable, para hacerlo árbitro de nuestros destinos.

El mexicano que dirigía la maniobra por puras afecciones de familia, frívolo, sin criterio, alzaba la candidatura de Fernando Maximiliano de Austria, á quien lanzaban de la Lombardía sus ideas liberales, escándalo de los mantenedores del derecho divino.

Pero nadie creía en Europa en la realización del proyecto: la comandita fallaba, la repulsa era patente, y cuando la voz del desengaño y la demostración del imposible llegó á Gutierrez Estrada, alma de esa agencia, sin poder resistir á la evidencia de las objeciones ni á la humillación de la repulsa, ni á la vergüenza del desvanecimiento de la quimera, cuando le instaron para que dijere en qué se podia apoyar, en qué se fiaba para sostener aquella terrible alucinación de demencia; respondió volviéndose á un Crucifijo que habia en

su estancia, «Me fio en este divino Señor, exclamé, que no ha de abandonar su causa.»

¿Puede llevarse mas adelante el delirio y el sacrilegio? ¿Puede apelarse con mayor cinismo á la complicacion de la divinidad? ¿Es posible, es verosimil siquiera, adunar de una manera mas pueril lo trágico y lo insensato?

Santa-Ana vendió al partido que lo habia elevado: adoptó como política la venganza de su desastre del 6 de diciembre, pactó con Roma la supresion de varios conventos de religiosos, y Su Santidad condescendia con que se incorporasen á los fondos de la Nacion esos bienes inviolables, de cuyas arcas, como de la Caja de Pandora, habian salido las tempestades del rencor y el anatema al partido democrático.

Entónces los hermanos regulares amagados de despojo, entran en el club de los que gemiamos bajo la dictadura, y cercano á las playas del pacífico, tendió sus fulgores el programa de Ayutla.

La revolucion de Ayutla, llegó rompiendo las bastardas alianzas de los opresores, para restituir íntegra la herencia de la libertad á los oprimidos: llegó enérgica como toda revolucion irresistible, reclamando la satisfaccion de necesidades urgentes de los pueblos: llegó arrancando y pisoteando las caretas de los embaucadores de la Nacion, fuera el que fuere su distintivo y su disfraz: llegó como atravesaba la Judea la Madre del Verbo, pobre, humilde, pidiendo alojamiento para guarecerse de la intemperie, llevando sin embargo en sus entrañas, palpitante la redencion de los mortales.

Ya no era la pandilla la que verificaba su escalamiento al poder: ya no era el soldado afortunado vencedor en el sacrilego torneo de la concusion y de la sangre; era la Buena Nueva de la democracia, que revestia los fulgores de que brotó el Sol del Código de 57, y la Reforma era el rio caudaloso de las ideas regeneradoras del siglo, que ahogando las tradiciones do afrenta, coronaba de alegria los campos, y llevaba el frescor del contento á las mas apartadas cabañas: era como el manantial de que habla la leyenda fantástica, que en cada una de las gotas cristalinas que se des-

prendian de su seno, reflejaba la espiga de oro y el copo de algodón, el zafiro de la campáula y la llama del clavel que iba á engendrar.

“Hossana! exclamaron los pueblos, sobre los despojos de la dictadura, y entre los restos de la orgía palaciega.

“Hossana! al ejército invencible, que agitaba en sus manos los principios, y desplegaba entre sus filas el ala del pabellon de la justicia.”

Y el hossana brotaba de los lábios de los que habían bebido la ambrosía del derecho en las fuentes de 89 y 93: lo entonaban los indios que habían sepultado sus quejas en la tiniebla del desprecio y de la tlaxiquera, las víctimas del monopolio, los siervos del terruño, los mártires de la tiranía que se vengaban de sus opresores, cubriéndolos con una egida, con el afianzamiento de sus libertades, con la inviolabilidad de los fueros de la conciencia, con el anonadamiento del verdugo para sus opresores, y la abolicion del patíbulo que fungia de último argumento, en los delirios de su omnipotencia brutal.

Los enemigos del progreso se congregaron aturridos, volaban como las aves nocturnas cuando baja el terremoto al antro é invade el sol clarísimo su seno, y reunidos despues, señalaban la aspereza de Alvarez, la poquedad de Juarez, las que llamaban extravagancias de Ocampo, las que denunciaban como blasfemias del eminente Ignacio Ramirez.

¡Insensatos! En aquella revolucion nada eran los hombres; todo la idea: poca cosa la forma; la esencia el todo; era la renovacion tremenda de la lucha, de la violencia y de la idea de la materia y del espíritu, simbolizada en todos los pueblos desde las primeras edades del mundo, comunicando formas épicas y sublimes á la luz y las tinieblas.

Y todo lo que hubo de rencoroso y de cobarde, y todo lo que se embarró de hipócrita y desleal en el cráter de ese volcan de ideas, buscó refugio tras de creencias santas y respetables que iluminaba la buena fé, y había nutrido nuestros pechos con la sangre de nuestras madres, y tras de lo que se llamaba el orden y la

decencia, que no han sido á veces sino salvavidas ale-  
vosos, de la prostitucion y de la tiranía derrotadas.

Aquellas falsas creencias, aquellos errores presen-  
taban ancho campo á la especulacion de la impostura;  
y hé ahí refaccionada la monarquía y la intervencion,  
como mina pérfida para hacer volar el Código sagra-  
do que debía aparecer, como el arca santa de la alian-  
za coronada por el signo redentor.

Comonfort fué en el poder la personificacion de la  
duda: amaba la libertad y temblaba ante la reforma:  
demócrata por sagacidad, repugnaba el personal de  
sus defensores, soñaba en instrumentos de zapa de fili-  
grana y marfil; queria que no se rompieran sus guantes  
blancos al blandir la grosera barreta, con que se tenia  
que derribar los abusos; soñaba con hacer del leon  
popular un dócil cordero.

Su talento le llamaba á la realizacion de las prome-  
sas de Ayutla; su educacion, sus afeciones y su tra-  
dicion, le sujetaban entre los desconfiados del pueblo; y  
creyendo ensalzar la prudencia entronizó el subterfugio,  
haciendo de la evasiva un elemento político, vol-  
vióse su sistema la inconsecuencia y dejó que soca-  
bara la mentira los hermosos fundamentos de su indis-  
putable prestigio. Fué Comonfort en la presidencia,  
el herma-frodismo del antiguo régimen y la idea nue-  
va. Es decir, la tentativa del imposible.

Los hombres que brotaron del movimiento de Ayu-  
tla acaudillando la falanje progresista, tenian talla épi-  
ca, merecian figurar en aquella Iliada de renovacion  
social.

Daban forma á la regeneracion radical de México,  
creaban el símbolo de la creencia salvadora.

La Constitucion fué redentora, porque sus autores  
comenzaban por la reivindicacion del hombre, para  
unir con la magestad del pueblo al ciudadano. En-  
cerraron en ella como en una arca santa los derechos  
naturales y políticos, bases de diamante de toda Con-  
stitucion justa, y secundaron repercutiendo el trueno  
que lanzó 89, desde lo alto de su Calvario sublime, las  
leyes salvadoras del ejercicio de la libertad, de la res-  
petabilidad de la conciencia, y de la igualdad ante el  
derecho.

La Constitución fué anatematizada y odiada, porque era la ley anonadando á la fuerza; el bien comun triunfando contra el privilegio; la justicia aniquilando el fuero; el trabajo emancipándose de la espoliacion; la creencia divorciándose de la simonía; la propiedad discutiendo el impuesto; la justicia rompiendo el hacha del verdugo contra la frente de la dinastía bastarda del cuartel.

Este es el origen del ódio á la Constitución de 57. Los renegados de aquellos principios son sus francos enemigos.

Cierto es que los legisladores de la Constituyente, con hanelo ocioso, consignaron desviándose de su verdadero objeto la doctrina y el precepto: cierto es que deslumbrados por su propia magnanimidad quisieron inclinarse sobre todos los dolores, curar las llagas todas, y enjugar las lágrimas del pueblo, cayendo en divagaciones contrarias á los preceptos de la ciencia política. Es cierto que se perdieron en detalles administrativos, cuya supresion habria hecho mas expedita la marcha de los poderes públicos. Pero tambien es evidente, que lo fundamental de un Código político está consagrado, que la soberanía tiene sus atributos, la libertad sus fueros, la conciencia su egida, la fuerza su freno, y la justicia su independencia y su preponderancia sublimes.

Al verificarse la elaboracion sacrosanta de la carta, se agitaban en su torno hirvientes las malas pasiones, como cuando se construye un dique sobre una corriente impetuosa que las aguas desbaratan la obra, se infiltran en las grietas, saltan, se retuercen y derriban amenazadoras, como mordiendo el muro que las va á encadenar y sojuzgar.

Comonfort urgió por la época, dominado por la opinion, cediendo á la predicacion del apostolado que representaba Miguel Lerdo, como á la espalda de su camarilla de gente descreida y acomodaticia, lanzó su ley de 25 de junio, que fué como azotar con el guante de los principios el rostro del abuso.

El ejército de la dictadura se arrastraba á la sombra de las temporizaciones de Comonfort, buscando las ramas del presupuesto para salvarse, las roga-

tivas públicas interrumpieron la enérgica polémica de Juárez con la iglesia, convocaba determinados elementos al rededor del gefe del gabinete de Comonfort, y todos estos restos buscaban una unidad para fortalecerse y ahogar la reforma en las entrañas mismas del partido liberal.

La monarquía y la intervencion rivalidaron su prestigio, era el único puerto, la sola tabla de salvacion del partido naufrago.

Adherianse á la aspiracion vehemente los tráfugas y los desechados del festin del poder; pero engrosaban las filas del partido monarquista, los que creian ver suspendida la cólera de Satanás sobre sus templos y sus altares, los que suponian que el partido del progreso trabajaba por desheredar á las almas del cielo, y cerrarles para siempre con el esfuerzo sacrílego el horizonte de la bienaventuranza. Corrian á esas filas los que anhelaban por el orden y lo juzgaban incompatible con las tempestades de la democracia, los que tenian en la conciencia que se contrariaba el elemento invasor del Norte, con el principio Europeo, los que en el diluvio de la anarquía veian salvarse su raza latina, fungiendo de arca el trono, aunque en esa arca los animales hicieron el mas importante papel.

Y esas entidades no merecen el estigma de los traidores, y sin embargo era forzoso arrollarlos ó perecer por la traicion.

Menos merecieron el epíteto de traidores, los que apesar de su educacion y tradiciones rechazaron la intervencion armada, y se acercaron alucinados al monarca cuando adquiria una carta de naturaleza apócrifa, agitando en sus manos temerarias el pabellon de las tres garantías. Esos errores llevaban entre los destellos de su sinceridad fraticida la justificacion de la amnistía.

La Constitucion surgió de entre las sombras, Comonfort deslumbrado con su pujante intransigencia dejó caer de entre sus manos el *labarum* sagrado que recogió con resolucion inquebrantable Juárez el inmortal... y signió la lucha.

Dueño el pueblo de sus destinos en el ejercicio de su majestad excelsa, desde el Sinai de su Omnipoten-

cia; entre truenos y relámpagos, proclamó la Reforma que consagró con la sangre de sus mártires y los gloriosos patíbulos de los héroes.

Recorrió la matanza las ciudades y los campos, la violencia llamaba al incendio en su auxilio, pegaron sus frentes al suelo los muros de los templos, y dentro de los sepulcros removi6 la barreta de la reforma las cenizas de los muertos.

Lanzada de parapeto en parapeto la mala causa, tomando aliento en los patíbulos de nuestros hermanos, tropezando con los huesos de nuestros hijos, llegó vencida á estremecer, con sus últimas convulsiones el palacio de los vireyes y de los soldados.

Sangrando por todas sus heridas, con las maldiciones del fanatismo y el rencor de las madres de nuestro corazon y de las esposas de nuestra ternura, apareció en México la Reforma: parecia herirla la victoria; su triunfo era un suplicio, el templo cerraba sus puertas para sus hijos; los brazos de piedra de la tumba repelian al incrédulo, no alcanzaban sus huesos ni la tremenda amnistia de la muerte.

En los campos seguian los combates. Cayeron rodando sobre las mesas de nuestros festines, tornándose en duelo, las cabezas de Valle, Degollado y Ocampo, y en medio de esos encarnizados encuentros, la invasion estraña se lanzó á nuestras playas, estrangulando con triple sogá nuestra independencia y nuestra dignidad como Nacion.

Demos una idea breve del incalificable asalto.

Entre las tempestades de la lucha, se habia apelado á la monarquía, como á la tabla única de la salvacion del naufragio del retroceso: formaliz6se la agencia. A Inglaterra, se le pintó como evidente una gran especulacion, con los arreglos de la deuda contraida en L6ndres: hiri6se el pundonor caballeroso de la España con los recuerdos de la captura de sus buques en nuestras aguas, y á Napoleon el pequeño sonrió la ilusion, de presentarse ante el mundo como suplantando la idea monárquica frente á la República de Washington, haciendo que lo proclamara como su salvador la raza latina y atando al carro triunfal la omnipotencia de su aje, la democracia vencida sobre la tierra en donde

había adquirido celebridad épica el pendon victorioso.

Los emigrados mexicanos que expulsos de nuestro suelo, ó desertando de la lucha para poner en salvo sus fortunas y sus vidas, rodeaban complacientes las gradas de los tronos sostenidos por la corrupcion del Gabinete de las Tullerías, en que los millones de Jecker reclutaban encumbrados prosélitos, representaban la conquista de México facilísima, gloriosa, como un paseo militar, como una partida de placer, con todos los encantos de las aventuras caballerescas: era la sojuzgacion de nuestro pueblo y nuestra desaparicion bajo la mano de la afrenta, como poner en accion una novela de Julio Verne, rodeándola de la pompa bélica de la época de las Cruzadas.

Segun ellos, las poblaciones impacientes iban á correr á nuestras playas agitando palmas y regando flores, para que pasara la santa alianza; conforme á su deseo, sin el disparo de un solo tiro les esperaba regocijado y vestido de gala el palacio de los Moctezumas; á creer su relato, la moral escañecida, la probidad víctima de los ultrajes de la demagogia, la humanidad esclavizada, la Cruz de Jesucristo llena de vilipendio entre los atropellos del vandalismo y los escándalos de un aduar de salvajes, iban á resucitar, á levantarse, y á poner un coto á los Estados- Unidos, objeto eterno de los odios de los tiranos, y leccion palpitante de los beneficios de la libertad práctica.

Y sin fijarse en qué la propaganda la hacian la traicion y el agio, la hipocresía de las creencias y el despecho; se interpretó como eco de la opinion aquel coro de imposturas, y confirmó la conspiracion de asesinato de nuestra nacionalidad, el pacto de 31 de octubre de 1861.

Desacordes en sus aspiraciones, opuestos en sus miras, sin concierto en su fin, dejando imprevisivos al hazar los medios y los resultados de aquella maquinacion, lanzáronse á los mares las escuadras y saltaron de sus naves como de una encrucijada los aliados, blandiendo sus puñales contra nuestro corazon.

Corre la nueva nuestros campos, y atraviesa nuestro suelo en alas del relámpago. La voz del gran Juarez

resuena valerosa diciendo: "México rechazará la fuerza con la fuerza, está dispuesto á satisfacer las reclamaciones fundadas en la justicia y la equidad; pero nunca, jamas ni por ningun motivo aceptará condiciones que ofendan la dignidad de la nacion, ó comprometan su independencia."

Los caminos que conducen á los mas apartados confines de la República, eran como arterias que traian la sangre generosa de nuestros hermanos.

Despertaban las almas; se bebia en los vientos el néctar de la gloria. ¿Dónde están, qué se hicieron los nobles infanzones, los caballeros legendarios, los pueblos oprimidos que suspiraban por el altar y el trono? ¿Dónde las aclamaciones al monarca, dónde el paseotriunfal de los invasores?

El iluso partido de las tinieblas no habia querido notar, que mientras se encerraba en sus lamentaciones y sus odios; nacia, crecia, se vigorizaba un pueblo conocedor de sus derechos; se habia obstinado en no volver el rostro para ver en el cuartel, en el templo, en el campo y en los talleres, fungiendo la democracia y agitandose los espíritus, al soplo de la idea; se habia cegado adrede para no comprender, que de esa escuela, y de esa prensa, y de ese club, habia brotado la sávia del derecho, la purificacion del dogma; que esa constitucion era mas fuerte que las armas, porque era la verdad; que esas turbas eran mas poderosas que las escuadras, porque eran la opinion; que esos grupos de gente colecticia y desarmada eran invencibles, porque allí de donde huia el fanatismo, quedaba el espíritu de Dios.

El espectáculo grandioso de nuestras playas mudas y desiertas, fué para los hombres de honor y de conciencia que formaron la expedicion, una verdadera derrota.

Cernia el vómito sus alas de buitre sobre los invasores; la sed con su lábio de fuego besaba sus labios; la hostilidad y el odio espiaban con las armas en la mano aquella marcha fúnebre, desde todos los puntos del horizonte.

Doblado, para quien el reconocimiento nacional no ha tenido aun ni un himno ni una estatua, hace de la

dignidad nacional su diplomacia; de la verdad su fuerza; de la virtud de los pueblos la éjida del derecho; de la clave de la justicia las armas de la nacion.

Y sagaz, atrevido, flexible y temerario con la temeridad del patriotismo, arranca de las manos amenazadoras de los aliados los tratados de la Soledad, que son en último análisis, la palinodia de la frivolidad y la injusticia de la invasion.

Arde generosa en las venas de Prim la misma sangre que palpita en nuestras venas; la Inglaterra se felicita de su aptitud circunspecta, y consintiendo en que la diplomacia discuta los ápices de la consecuencia con la iniquidad, dejan á la política de Napoleon que asuma ante la historia, la responsabilidad del crimen del asesinato de nuestra independencia.

Hé ahí á la noble Francia, á la Francia que nos educó en la libertad, y cuyas glorias admiramos entusiasmados, convertida por su tirano en paladin de las traiciones y el retroceso.

Avanzan las falanges invasoras en son de triunfo y victoriosas: como protestas contra la impuñidad, aparecen inesperadas resistencias, que se vencen fáciles. Aultzíngó retumba con el choque de las armas: pagan su primicia de sangre nuestras fuerzas, y Arteaga, cayendo herido en los brazos del valiente Couttolenc, celebra su primera entrevista con el martirio, iniciando su peregrinacion de gloria.

La República entera en santo recogimiento, del heroísmo, espera la instalacion tremenda de sus dias de prueba. Agítase entusiasta la capital; por todas partes se abren fosos, se levantan muros, se escuchan acentos bélicos, y corre el estremecimiento de la fiebre de los combates.

Zaragoza, hombre del pueblo, nacido bajo el clima apasionado del Norte, personalidad desarrollada en las tempestades de la reforma, frio y apacible, en quien el instinto se semejaba al génio, y la conviccion de la justicia, al fanatismo del deber, habia reemplazado á Uruga en el mando de las fuerzas que debian operar contra los franceses. Zaragoza era una genuina personificacion de la democracia, sencillo y enérgico, humilde en la familia, temerario en el peligro, resuelto

como la convicción, firme como el deber. Era el espíritu aceptando hasta el disfraz del guerrero, como para simular las aspiraciones del héroe.

El hombre del 5 de Mayo llega á Puebla, recorre sus calles, ve en inenativa sus fortificaciones, palpa la tristeza de sus moradores, y al escudriñar la conciencia pública halla entre las sombras del desconsuelo, los síntomas de la resignación con el desastre.

En algunos centros de dignísimos ciudadanos, vivía la inspiración del patriotismo; varios partidarios sin aspirar á distinciones se presentan á la autoridad con sus fusiles, galvanizando con su ejemplo al pueblo, y desterrando la letal influencia del indiferentismo.

Rodéase Zaragoza de los suyos y de los patriotas: segrega del total de sus fuerzas que serian ocho mil hombres poco mas, á los que deberian contener á los traidores en Atlixco, y las fuerzas que venian hostilizando la retaguardia de los franceses, al mando del denodado Couttolenc. Sitúa al distinguido general Negrete como él le llamaba en los cerros de Loreto y Guadalupe con 1200 hombres: encabeza tres brillantes columnas con los generales, Berriozabal, Diaz y Lamadrid, los dos primeros estudiantes, hijos de la reforma, y cria movable, una columna de caballería á las órdenes del general Antonio Alvarez.

Nos está viendo desde sus alturas la gran ciudad testigo de esos hechos, algunos circunstantes, como si fueran transparentes estos muros, ven á las fuerzas de Negrete en Loreto y Guadalupe, á las columnas y la caballería en la plaza de San José....

El enemigo pernoctaba en Amozoc.

Me es necesario ese paréntesis de sombra que forma la noche del 4 de mayo, para exponer como se representa en mi conciencia la importancia del día vengador, que iba á iluminar el cielo de la patria, y en que hago consistir la legitimidad de este apotéosis.

Generación que duermes en tus lechos de piedra ó que te vas extinguiendo conmigo, y en mi rededor, santifica mi voz con la magestad de la tumba, esfuérzala y caigan mis acentos como flores sobre el ara de la verdad histórica.

¿Ciframos nuestro orgullo en descubrir hazañas

guerreras, vulgares en esta tierra de héroes? ¿Sería perdonable la jactancia de presentarnos mas disciplinados en los combates, que los hombres que habian asombrado á Magenta y que renovaran en Palestro y Solferino los dias de Austerlitz y de Jena? ¿Nos consideraremos tan menesterosos de gloria y tan indigentes de renombre, que levantáramos como título de inmortal memoria un revéz de la fortuna caprichosa en el campo enemigo? Ah! esa pedanteria del patriotismo, moriria en instantes al soplo del buen sentido.

Al atravesar las cercanas plazas, al fijarnos en los escombros de algunos muros, al recorrer divagados la ciudad que nos mira, nos salen al encuentro San Javier y San Márcos, Pitimini y Santa Inés. ¿No se volvió en ellos consuetudinario el arrojo? ¿No se llegó hasta el despilfarro de la temeridad y hasta el lujo del desprecio á la muerte? ¿Y en Michoacan, el Pacífico, Tampico y nuestras sierras, no renovó sus fulgores el Sol de Mayo? Ved en su punto culminante y trascendental la grandiosidad del espectáculo.

Están al ponerse frente á frente y provocándose á duelo á muerte, la fuerza y el derecho: se ha apelado por una aberracion del tirano de Europa al juicio de Dios, para decidir entre la monarquía y la república; y en la decision de este gran problema, va envuelta la vida, la honra y la autonomía de la patria de Hidalgo.

Para el paladin de la fuerza, el auxilio de los grandes antecedentes históricos, la luz del talento, el apoyo de la riqueza, las armas traidoras, y el lauro de los mártires en las manos de la proteccion celestial.

Para el mantenedor del derecho, la estenuacion de la discordia; pero la fé en su causa: la ausencia de la sabiduría; pero la inspiracion de la conciencia; entre las olas de la chusma, el fósforo rutilante de la idea, sosteniendo nuestro brazo, el Dios de la justicia y la fé de Juarez.

En torno de este gran problema se removian todos los pueblos oprimidos: la Italia nos espiaba impaciente tras el Vaticano; la Polonia heroica levanta con su brazo descarnado la loza de su tumba, para alentarnos con sus bendiciones. El arcángel del futuro percibia